



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

SINFONÍA DE LA CALANDRIA

I. PRELUDIO

Rendido por la sed y la fatiga,
el autor de las fábulas, de viaje
por las altas montañas de la patria,
bajo un frondoso molle de la cumbre
que un cristalino manantial sombrea,
detúvose a buscar reposo y sueño.
El sol apenas su cenit pasaba,
y la siesta encendía suelo y aire;

y las aves rapaces y canoras
dormían en el fondo de sus nidos,
sin que un gorjeo ni un graznido fuesen
a turbar esa noche en pleno día.
Ya el viajero sus cansados ojos
cerraba al sueño, cuando, de repente,
inesperado trovador rasguela
entre las ramas un preludio extraño.
-¿Quién a estas horas, bajo el sol de fuego
vaga sin tino y de cantar se ocupa?
¡Es ocurrencia!
-Yo, señor poeta
-responde, remedando del cofrade
la voz airada, -yo, Señá Calandria,
que vine a dar en su polifonía
sin par, la bienvenida más armónica
a un rey de la armonía y del ensueño.
Para el bardo la música es reposo,
y yo soy de estas cimas y estos valles
el genio musical, el alma errante
ungida de pasión, de luz, de espacio,
de la fiebre divina de la altura
del encanto supremo del abismo.
Quien llega aquí en mis redes cae preso;
quien cimas busca su descanso olvide;
y mientras todos los cantores duermen,
oiga a la artista de garganta mágica,
en quien todos sus cánticos renacen
por el arte sublime idealizados.

II. LA SONATA DE LA CUMBRE

Y esto diciendo, empieza la gran Mima,
cual si de un órgano la llave de oro
poseyese, a exhalar de su garganta
los más bravos acordes, los arpeggios,
aires nativos y lejanos ecos,
notas vagas y exóticas, rumores,
susurros, gritos, trinos y graznidos,
sones graves y agudos, fugas leves,

solos dolientes y solemnes coros
de torcazas y ranas; cuchicheo, coreado de jilgueros y canarios
que comentar la sacra melodía
del viento y de las ramas, que se quejan
de indecible dolor; y allá, muy alto,
como la confianza de las rocas,
con timbre de cristal, la gota de agua
canta el secreto de la negra gruta.
-¿Oyes, poeta, ese doliente dúo
de amor que, tiernos, riman dos zorzales
desde una a la otra falda? Son los novios
del valle, que la nueva primavera
aguardan... Y ese íntimo lamento,
de dos notas, del eco repetidas,
es de la triste, inconsolable “viuda”,
que llama sin cesar su esposo ausente
que nunca volverá, ¡oh, nunca, nunca...!
Mas no todo es tristeza, ni dolores,
en la magna sonata de estas cimas:
porque en las grietas y en los charcos ríe
la musa cómica, que esparce el alma
en sartas de sonidos, como gotas
de agua fresca dispersas por el viento.

III. EL GRANDE ACORDE

Tin, clin, tin, clin, -¿escuchas? Es la rana
campana, que comienza dando el timbre
del coro y contrapunto gregorianos
a la batracia grey, que desde Esopo,
al plateado fulgor del alma Sélene;
piden un rey a Júpiter. ¡Incautos!
Y luego, siente cómo el sapo bufo
con su coaxar informe el coro trunca,
pretendiendo, ridículo, en el dulce éxtasis
el alma suspender de cielo y tierra.
Y allá en la oscura grieta del peñasco,
como violín de pronto enloquecido
que rasgase sin ton ni son sus cuerdas,
hórrido cascabel su cola agita

y al chirrido espantoso todo calla.
Sólo queda en el aire el *pizzicato*
Vibrante y duro del salvaje grillo,
Cuyo *cric-cric* monótono retumba
de cerro en cerro, como si la espuela
agitase en el seno de las nubes
con loco ardor, diabólico jinete.
¿Y los raros sonidos de la altura
en la silente noche nunca oíste?
¡Oh! Nadie sabe de qué pechos surgen
gemidos tan intensos y remotos,
cual si brotase de la peña misma,
o cíclopes errantes sollozasen...
¿Sabes? yo creo que esos gritos rudos
que estremecen los nidos en las noches,
son los quejidos del gigante cóndor,
insomne, vagabundo, que se oculta
para llorar irreveladas penas,
o, bandido imperial, la presa inerme
vuela a ocultar en invisible roca.
Este pájaro inmenso me da miedo,
y cuando a remedarlo me aventuro,
tiemblan mis leves plumas, y en mi carne
paréceme sentir su garra fría...
En la guerra futura del espacio
que el vuelo humano desde luego augura,
será el pirata a toda ley rebelde,
y vencedor del viento de las cumbres
la aérea nave no podrá rendirlo.

IV. CRESCENDO

Mucho tiempo estudié los rudos tonos
de las fieras mayores, los rugidos
del león, del jaguar, del toro hirsuto,
el relincho de los potros y huanacos
como risas de cíclopes dementes,
que en el alado reino horror infunden.
¿Cómo expresarlos con las tenues cuerdas
de mi débil garganta? ¡Oh, te juro!

¡Si Beethoven y Wagner me escuchasen!
¡Cómo las más grandiosas armonías
de lo creado traducirse pueden
en el dulce y humilde clavicordio,
o de Bayreuth en la gigante orquesta!
¿Huy! y el silbar del viento entre las cimas,
cuando impetuoso en su furor arrastra
árboles, peñas, témpanos, y parte
las duras rocas para abrirse paso
con infernal estrépito; y el trueno...
-¡Misericordia! – a remover parece
que viniera, el cimientó del granito;
y la centella que el incendio alumbra,
al caer como látigo en la espalda
de los cerros, que tiemblan como esclavos
rendidos de cargas sobre ella el mundo!
¡Ah, y la creciente, luego! ¿Qué instrumento
podrá jamás en músicos acordes
su fragor imitar, cuando se juntan
todas las aguas que el abismo expele,
para lanzarse a un tiempo hacia los valles
desolación sembrando y exterminio...?

(Aquí un compás para mudar de tono,
porque la nota trágica me rinde
y el variar de canción mi voz refresca.)

V. EL ROMANCE DE LA CALANDRIA

De ruiseñores nada sé; en mi vida
no oí trinar al príncipe del canto;
ni quiero, -pobre alondra americana,
nunca salida del indiano bosque-,
imitar al maestro del gorjeo,
por más que sé de músicos, poetas
y pintores que imitan de imitantes
y copian de copistas, y sin tino
empobrecen el arte eterno y puro.
¡Ah! mas aquí tenemos nuestro divo
donjuanesco, romántico, errabundo,

cortejante, de horneras y calandrias,
no siempre fieles al galán esquivo...
Su voz aguda y el sutil encaje
de sus trinos alados nos deleitan,
hacen creer en su pasión, y locas
de amor corremos tras su vuelo inquieto.
Mucho tiempo sufrí, lloré y anduve
loca y errante entre estos cerros hoscos
sin contar mi pasión desenfadada,
él orgulloso y yo de amor transida...
Mas todo pasa, y hoy del arte presa,
-no del artista-, redimí, mi, mi,
mi corazón para adorar el mundo.
Yo no tengo -¿lo ves?- un canto mío:
todo canto es mi canto, y si tú fueras
tan discreto cuan grave, te diría
que es Canción de canciones, pues de todos,
en el bosque, las aguas y los cielos,
tomo la esencia íntima y secreta.
La canción tiene un alma propia, suya;
hay una diosa ignota e invisible
que la difunde en el espacio inmenso
cual la luz, el aroma y la armonía
donde unguimos nuestra alma los devotos.
Esa armonía tiene luz; por eso
ruedan sin verse ni chocarse seres
sin ojos y sin voces en la sombra:
“su canción va adelante, ellos la siguen”*
y aunque el cantor perezca ella no muere**
porque el amor le da vida infinita.
¡Ah! -¿qué crees?- yo también sé hacer citas
eruditas y nuevas; y en el valle,
sola yo en el latín y en el romance
-gracias al búho, al loro y la cotorra
que han estudiado en la ciudad cercana-,
puedo gozar de la alta poesía
y recitarle trozos a la luna
en sus noches de gala...

**La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Fabiana Marta
Ortíz.**

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

